

Joaquín Xirau

Ramón Xirau

Joaquín Xirau, nacido en Figueras, al norte de Cataluña, en 1895, murió en México en un accidente en 1951. Se dirigía a dar sus clases a la Facultad de Filosofía y Letras, al viejo y hermoso edificio de Mascarones.

Muy joven profesor tanto en Zaragoza como en Salamanca —también en París y en Cambridge—, formó en España toda una generación de discípulos que hasta hoy lo recuerdan con afecto y nostalgia. De igual modo lo recuerdan quienes fueron sus alumnos en México, desde 1939 —final de la Guerra civil de España—, hasta sus últimos días. Personalidad entusiasta, fue Joaquín Xirau un hombre exacto y preciso para impartir cursos y seminarios; esos cursos que, según Jordi Maragall (uno de sus mejores discípulos), daba con “nervio” y con “rigor”. ¿Cómo evocar su figura? Tal vez recordando algunos aspectos fundamentales —y todavía muy actuales— de su filosofía, a partir de *Amor y mundo*, ese libro publicado en México en 1940. Hermosamente escrito, *Amor y mundo* parte del análisis del *eros* griego, siempre unido con el *logos*, puesto que ambos son la expresión de una misma realidad. El amor cristiano, a su vez, es “comunicación de espíritus personales (*caritas*, *agape*). Al ser personal, el amor cristiano es el que más se acerca al Valor. Por lo demás, Ser y Valor no son términos exclusivos; son términos “relacionales”. El Ser no existe en sí. Ser y Valor se conjugan para que el Ser adquiera “vida” y el Valor, por su parte, adquiera objetividad. Esta relación dinámica solamente se alcanza por medio de una conciencia amorosa, perceptora de valores. Escribía Joaquín Xirau: “[...] la actitud amorosa es una realidad específica e irreductible”, realidad que, en esencia, se pone de manifiesto en la “abundancia de vida interior”.

Preocupaba a Joaquín Xirau, desde sus años en Barcelona y durante sus años en México, el problema de la educación. Su idea de la educación estaba íntimamente ligada a su teoría del amor. Educar es hacer que el niño, el adolescente, el hombre, piensen en serio lo que piensan por sí mismos. El educador debe ser, por así decirlo, enérgicamente tolerante siempre que recordemos que la disciplina no destruye al amor: lo canaliza, lo encamina, lo orienta. Lo que debe hacer el educador es “vivificar” el espíritu, sobre todo si decimos con Ramón Lull —a quien Joaquín Xirau dedicó su último libro— que “el amor ha sido creado para pensar”.

Vivamente influido por lo que encontró en México, Joaquín Xirau solía decir que aquí descubrió, a la vez, a México y a España. Quería decir que había descubierto aquella antigua España humanista —Vives, Nebrija, entre otros— que estaba presente en Las Casas, en Motolinia y, principalmente, en Vasco de Quiroga. Tradición que en el siglo



Joaquín Xirau, 1945.

xx tendría una clara manifestación en la Institución Libre de Enseñanza, escuela de liberalidad y de humanismo que influyó en su vida y en su obra.

Joaquín Xirau pertenece no solamente a Barcelona, a Cataluña, a España, sino también a México, a este mundo ibérico que soñó alguna vez, libre, heterogéneo, unido.

Concluyo con el último párrafo del libro *Lo fugaz y lo eterno*:

La vida es movimiento, riesgo, anhelo, entrega. Vivir es trascenderse y buscar en los ámbitos del mundo algo que haga la vida digna de ser vivida. Es posible que filosofar sea entonces no vivir. Pero en esto la filosofía coincide con la vida misma. También la vida plenaria es un constante “no vivir”, desvivirse, y proyectarse más allá de la propia existencia en su afán insaciable de salvación. Y en este caso filosofar es vivir; vivir es filosofar.

Ramón Xirau

Octavio Paz

La primera vez que vi o no vi a Ramón Xirau —pues no estoy seguro de haberlo visto— fue en un salón de la editorial Séneca, en una reunión de escritores españoles celebrada hacia 1940. Entre los asistentes se encontraba el filósofo español Joaquín Xirau, al que acompañaba un adolescente: su hijo, Ramón. Cruzamos entonces unas cuantas palabras y no volví a verlo.

Años después, en París, en 1947, recibí una carta con algunos poemas y un pequeño ensayo sobre la poesía. La firmaba Ramón Xirau. Los poemas me impresionaron por su limpidez y el ensayo por el arrojo y la claridad con que hablaba de un tema a un tiempo central y elusivo: la presencia en el poema. Es un tema poético y es un tema erótico, es un tema filosófico y es un tema religioso. El aquí, el allá y el más allá... Se inició entonces una correspondencia en la que mi joven corresponsal me hablaba de sus preocupaciones filosóficas y poéticas así como de sus amigos y compañeros. Me di cuenta de que una nueva generación de escritores había aparecido en México, como nos lo ha recordado, con gracia e inteligencia, el poeta Eduardo Lizalde. A mi regreso, en 1953, la correspondencia escrita se transformó en intercambio verbal entre dos amigos.